

DISCURSOS ACADÉMICOS

SESIÓN EN RECUERDO DE D. JOSÉ ANTONIO GARCÍA RUIZ

Palabras de la presidenta

Excmos. e Ilmos. Sres. Presidentes de Academias,
Académicos,
Autoridades,
queridísima familia de José Antonio: Ana, Laura y Pablo,
Sras. y Sres.:

Sólo muere una persona cuando su recuerdo queda en el olvido, pero si cada día se tiene presente, siempre vivirá. Este es el caso de nuestro Académico, el Ilmo. Sr. D. José Antonio García Ruiz, por lo que hoy nos reunimos todos aquí para recordarlo como una persona muy querida en esta Academia. Si tuviéramos que juzgarlo, como artista es incuestionable, ahí quedan sus obras de arte como gran huella para la posteridad. Como persona era un hombre auténtico, amigo de sus amigos, listo, simpático, cordial y vivaz; un gran hombre; una gran persona. Esta Academia lo recordará siempre y aunque ya no esté presente, siempre estará en nuestro corazón.

Ya no necesita pinceles y paletas para pintar a su Virgen del Rocío, porque la tiene a su lado; fue su mano la que lo esperó en las puertas del cielo para llevarlo ante el Señor.

José Antonio está rodeado de belleza en el gran cuadro de la gloria.
Descanse en paz.

***Perfil humano de D. José Antonio García Ruiz,
por Fernando García Gutiérrez
Académico Numerario***

Desde que lo conocí hace ya muchos años en la Academia, me llamó la atención la claridad y transparencia de los barnices que empleaba en sus cuadros. Pronto llegamos a ser buenos amigos, y me regaló el pequeño boceto de la Virgen del agua, la obra suya que está expuesta en la Academia. Me di cuenta más tarde que esa transparencia era la de su interior, que se reflejaba al exterior. Porque José Antonio era un hombre que se dejaba ver por dentro tal como era, con una limpieza iluminada.

Sus innumerables méritos artísticos y académicos nacían de ahí: de su capacidad creativa para mostrar la sinceridad de su corazón. Daba gusto tratar con él, porque no escondía nada, sino que se mostraba tal cual era. A veces con una ironía simpática, y siempre con enorme delicadeza, José Antonio ponía una nota de humor en todas sus intervenciones. Todos esperábamos que dijera algo en medio de alguna discusión menos fácil.

Me llevó a ver su estudio, donde en medio de árboles y flores pintaba sus deliciosos cuadros siempre sugerentes. Allí conocí a su familia, su ambiente artístico, lo que tenía más cercano. Aquel ambiente era el suyo, el que nos trasmitía después en las reuniones de la Academia. No podía imaginarme que nos iba a dejar tan pronto.

Cuando ahora veo el pequeño cuadro de la Virgen que me regaló, me doy cuenta que está en un sitio mejor... Y hasta llego a pensar que la transpa-

rencia de sus barnices era ciertamente el reflejo de lo que llevaba dentro.

¡Qué suerte haber conocido a José Antonio tal como él era! En esta Academia siempre lo echaremos de menos.

***Recordando a José Antonio García Ruíz,
por Francisco Arquillo Torres
Académico Numerario***

Evocar la figura de un entrañable amigo y compañero como lo fue el Ilmo. Sr. D. José Antonio García Ruíz, con quien compartí vivencias inolvidables durante muchos años en la Facultad de Bellas Artes y también en esta Academia, es el reconocimiento a sus valores humanos y artísticos.

La noticia de su fallecimiento fue muy impactante para mí, pues la pérdida de tan excelente persona, con tantas ganas de vivir para ultimar los proyectos que hasta entonces no había podido hacer realidad, es un trance difícil de asumir.

Pocos días antes de su pérdida, habíamos estado hablando de temas varios, y confieso que siempre me sorprendió su inteligencia natural fuera de lo común, y sus dotes para exponer y defender, incluso con vehemencia, cualquier planteamiento, porque era persona segura de sí misma, que creía en sus ideas respetando las de los demás, motivo por el que entablar una conversación con él siempre tenía un plus de interés.

Conociéndolo comprendí que su filosofía de vida era: su familia, la vocación pictórica, el compromiso docente y los amigos.

Siempre experimenté la sensación de que su familia era el centro neurálgico que marcaba su desarrollo vital y considero que estaba en lo cierto, porque José Antonio compartió ejemplarmente con su esposa e hijos, cuantos

momentos de felicidad y de tristeza le ofreció la vida.

Se ha significado como uno de los grandes pintores andaluces contemporáneos que ha desarrollado su actividad en la ciudad hispalense en el último tercio del s. XX, y hasta días antes de su fallecimiento, con una constancia e ilusión digna del mayor de los reconocimientos, estando convencido que su arraigada vocación no le permitió ni un día de descanso.

En las ocasiones que lo visité en el estudio pude comprobar, que su pasión por pintar era un hecho poco habitual. Se encerraba por la mañana y se olvidaba del mundo real, para sumergirse en el irreal y apasionante de su pintura, enfrentándose a las cuestiones pictóricas con una exigencia cuyos frutos han sido el erigirse en un pintor único y diferente.

Era un artista pionero en el concepto pictórico que el crítico de Arte Raúl Chavarrí denominó “Realismo Mágico”.

La pintura de José Antonio es misteriosa a la vez que ilusionante y ensoñadora, con formas y colores que expresan una singular manera de reflejar la realidad, pero siempre mostrándonos su personal manera de entender la composición, y alcanzar matices coloristas, que enmarcan y dan forma a un concepto pictórico distinto del convencional, por eso y otros muchos valores que su obra encierra, creó una escuela y marcó una corriente que es seguida e incluso emulada por muchos pintores en los momentos actuales.

No quiero obviar un aspecto que José Antonio cuidaba con celo, era el rigor en la aplicación de los recursos técnicos de que se valía para alcanzar valores plásticos diferentes. En más de una ocasión conversamos largamente sobre ello, porque era un tema al que ambos atribuíamos una influencia determinante, no sólo para alcanzar resultados artísticos, sino también para conseguir la estabilidad de la pintura y su conservación a través del tiempo.

En este sentido José Antonio era un investigador nato de las técnicas pictóricas, con las que experimentaba a la búsqueda de nuevos recursos técnicos. Conocía las posibilidades de la pintura en sus múltiples variantes, pues sus inquietudes investigadoras le habían permitido hurgar en la historia de la pintura, para extraer conocimientos y adecuarlos a su singular manera de pintar. En definitiva, que para él el mensaje artístico era consustancial con la manera de expresarlo.

Su pintura se distanciaba del convencionalismo al uso, proponiendo nuevas ideas, temáticas sugerentes y haciendo al espectador cómplice de su mensaje, es decir, algo nuevo y atrayente que le hizo acreedor al primer premio de la exposición Nacional de Arte Contemporáneo celebrada en Madrid en 1970.

Su personal manera de dar forma a las ideas pictóricas, también sorprendió a muchos, cuando en 1973 realizó la primera exposición en la galería Bética de Madrid, y al decir de algunos, era una pintura jamás antes vista.

Después del éxito alcanzado en la capital de España, participó en varias exposiciones más, pudiendo citar las de Valencia, Bilbao y Madrid, ésta última colectiva, en la que también intervino el afamado artista Antonio López.

Su deambular exitoso por el complejo y apasionante mundo de la pintura, le llevó a exponer en 1979 en la prestigiosa Galería Harris de Nueva York y en el Palacio de Cristal de París, por referir dos de las más significativas.

Prosiguiendo con su discurrir pictórico, en los años 1981 y 1982 participó en la Feria Internacional de Arte Contemporáneo de Madrid, la denominada ARCO.

Finalizando de forma sintética su intervención en exposiciones, en la muestra titulada “Existencia”, celebrada en Sevilla en 1989, que contó con la asistencia de los más renombrados pintores realistas del momento, la pintura de García Ruíz atraía la atención del visitante, porque dentro del realismo imperante su arte era diferente, había magia, invitaba al espectador a participar e interpretar su sugerente planteamiento estético.

Pero el artista no había irrumpido por estas fechas, porque José Antonio, desde sus tiempos de estudiante en la Escuela Superior de Bellas Artes sevillana, ya apuntaba habilidades y valores distintos a los habituales, lo demostraría siempre a raíz de entonces, simplemente había alcanzado el reconocimiento allende los límites provinciales y nacionales.

Llevaba a gala su sevillanía, la debilidad por Triana y su pasión rociera, dejando muestras de ello en la Hermandad de la Estrella en esta ciudad, y en los caminos del Rocío, que con tanta ilusión recorría para llegar a la Ermita, quedando en estos lugares espléndidos recuerdos pictóricos de su genialidad, pudiendo citar a modo de ejemplo, el que decora la capilla sacramental del Santuario de la Virgen del Rocío.

Decía que no se consideraba cartelista porque era un género menor, por eso cuando los compromisos le ponían en la tesitura de realizarlos, lo que hacía era pintar un cuadro y presentarlo como cartel, como el dedicado a la Hermandad de la O en 2002, el alusivo a la romería del Rocío en 2008, y la espléndida representación de la Estrella con motivo del 450 aniversario de la Hermandad.

Muchos han sido los años que José Antonio dedicó a la Facultad de

Bellas Artes, y como él decía, siempre huyendo de lo accesorio para dedicarse en cuerpo y alma a lo fundamental, sus alumnos, quienes le profesaban respeto y admiración.

Siempre se encontraba rodeado de alumnos ávidos de recibir sus enseñanzas sobre técnicas pictóricas murales de las que era un experto, viniéndome a la memoria la grandiosa composición al fresco que realizó en el altar mayor de la iglesia de San Julián de Sevilla.

Decíamos que en la filosofía de vida de José Antonio los amigos eran también muy importantes. Cuando se suscitaba el tema decía que tenía los justos y necesarios, pero que se entregaba a ellos con la misma verdad que a su pintura.

Me consta que entre sus proyectos inminentes se encontraba celebrar exposiciones en Inglaterra y Alemania de la mano de una afamada galería, y como era perseverante y tenaz en el esfuerzo, allá arriba donde solamente son acogidas las buenas personas, nobles y honestas, estará poniendo en orden sus útiles de pintar para demostrar una vez más, que el auténtico realismo mágico que fluía de su mundo interior fue aquí abajo su signo de identidad.

Vivir sin la presencia de José Antonio es para su familia el mayor reto al que puede enfrentarse. A ella quiero manifestarle mi cariño y afecto, trayendo a la memoria el pensamiento de François Mauriac: *que la muerte no nos roba a un ser querido, nos lo guarda y nos lo inmortaliza en el recuerdo.*

***D. José Antonio García Ruiz,
por Ramón Corzo Sánchez
Académico Numerario***

Excma. Sra. Presidenta,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
querida familia de José Antonio García Ruiz, Sras. y Sres.:

El fallecimiento de nuestro compañero José Antonio García Ruiz ha privado a esta Academia de uno de sus miembros más ilustres, quien desempeñó una fecunda actividad desde su elección en 1973 para ocupar el sillón nº 28 en el que le había precedido el insigne pintor muralista Juan Miguel Sánchez Fernández. Aquella designación suponía el reconocimiento público del prestigio que había conseguido labrarse en muy pocos años y que siguió incrementando durante toda su carrera.

El impacto inicial de la obra de García Ruiz en el panorama artístico español se había producido en 1970, cuando consiguió el primer premio de la Exposición Nacional de Arte Contemporáneo; su reconocimiento en la muestra nacional de mayor relevancia tuvo unas consecuencias extraordinarias no sólo para él, sino también para todo el conjunto de la nueva escuela sevillana, caracterizada como la del “realismo de vanguardia”, que él supo representar de un modo magistral y a la que siempre siguió adscrito con la seguridad de quien sabía expresarlo con la mayor calidad técnica.

En el año siguiente, García Ruiz logró la cátedra de Procedimientos pictóricos, en cuyo ejercicio durante más de cuarenta años logró la formación de muchos alumnos que luego han pasado a ser figuras destacadas del panorama artístico nacional.

Debe entenderse que la enseñanza era para José Antonio García Ruiz una oportunidad privilegiada de estudio e investigación técnica; durante muchos años, indagó sobre los procedimientos de la pintura mural romana que admiraba apasionadamente; sus descubrimientos en este campo quedan claramente reflejados en la tesis doctoral de su alumno Juan Manuel Calle González, quien ha sabido sistematizar todo lo que García Ruiz había conseguido apreciar y reproducir de la antigua técnica helenística del *stucco lustro*.

Recuerdo muy bien cómo me explicaba José Antonio los procedimientos de una pintura mural que requiere grandes conocimientos técnicos y también un esfuerzo físico especial, mediante la rápida aplicación de planchas metálicas candentes que provocan el endurecimiento del estuco y la obtención de superficies pulidas tan brillantes como si se tratara de placas de mármol.

García Ruiz estudió la pintura mural con el mismo interés y admiración que lo hicieron los artistas del Renacimiento cuando se descubrieron las salas enterradas de la *Domus Aurea* neroniana. Es bien conocido como Miguel Ángel y Rafael estudiaron intensamente aquellas pinturas romanas que recibieron el calificativo genérico de “grutescos” por encontrarse en las estancias palaciegas que permanecían enterradas bajo las termas de Trajano en la ladera del Esquilino. Al igual que los grandes maestros del Quincecento, García Ruiz buscó los procedimientos que permitían conseguir esas superficies lustrosas y marmóreas que hoy admiramos en la Capilla Sixtina y las estancias vaticanas. García Ruiz unía además a todo ello las sugerencias de la pintura rupestre prehistórica, que no conocieron los maestros renacentistas y en la que él encontraba esa frescura de lo absolutamente original e íntimo de la primera sensibilidad pictórica.

Es evidente que José Antonio García Ruiz veía a Miguel Ángel, Rafael y, sobre todo, a Leonardo da Vinci, como sus modelos de referencia tanto en la creación de personajes imaginados como en la transformación de los modelos reales. Sin embargo, debo recordar de sus enseñanzas como me insistía en muchas ocasiones en la idea de que la base de todo el mejor arte renacentista se debía a Andrea Verrochio, el maestro de Leonardo. Me decía José Antonio con la mayor seguridad que había sido Verrochio el gran creador renacentista en el que se basaba la obra de los otros maestros; en una ocasión en la que le dije que iba a ir a Venecia, aparte de emplazarme para que la

próxima vez hiciéramos el viaje juntos, me insistió encarecidamente para que le dedicara un buen rato a la contemplación de la escultura del condottiero Colleoni en el Campo de san Giovanni e Paolo; cuando recordaba sus palabras ante el grandioso grupo ecuestre pude comprobar cómo José Antonio conocía aquella escultura y había sido capaz de describírmela como si la tuviera delante y señalar, además, cuáles eran las razones de la sorprendente sensación de vitalidad del conjunto. Entre otras cosas, dejamos pendiente hacer juntos un estudio sobre Verrochio para realzar muchos valores de sus obras que no han sabido ver los historiadores del arte y que él señalaba con una meridiana claridad.

Y es que José Antonio García Ruiz era un gran pintor porque era un gran sabio; estoy seguro de que sólo sus alumnos más directos han podido apreciar la calidad de sus conocimientos artísticos, que, desgraciadamente, nunca llegó a pasar a una obra escrita que podría ser fundamental. Posiblemente, su extraordinaria capacidad para trasladar a sus obras todos aquellos conocimientos le satisfacía mucho más que intentar redactarlos, aunque la idea siempre la mantenía entre los proyectos que deseaba acometer.

No sé si la tesis de doctorado o la biografía extensa que merece la obra de García Ruiz podrá ser capaz de explicar cuántos componentes de lo mejor del arte universal está presente en sus obras. El calificativo de realismo fantástico, realismo mágico o realismo de vanguardia que se aplica tradicionalmente a su estilo, no es suficiente para contener todo lo que nos revelan sus pinturas, al igual que tampoco la admiración por la perfección técnica de su trabajo es suficiente para valorar en toda su amplitud el esfuerzo que hay detrás de cada obra. La combinación de conocimientos y técnica llevan a unas realizaciones tan sorprendentes como para hacer muy difícil comprenderlo en toda la profundidad de lo que consiguió ejecutar.

La primera vez que conocí con detalle la obra de José Antonio García Ruiz fue en la exposición que realizó hace unos veinte años en la Sala Imagen de la Caja de Ahorros de San Fernando. Reunió allí un conjunto excepcional de fantásticas figuras entre las que destacaba, al fondo de la sala, un gran cuadro apaisado en el que figuraba el perfil oceánico de Cádiz sobre un animado ambiente marino en el que destacaba extendida una extraordinaria figura femenina. La obra representa de modo magistral lo que llamamos “realismo mágico”: la creación de una realidad con el poder mágico de simbolizar aquello que nos puede resultar más admirable sin que hubiéramos sido capaces de formarnos una idea clara de su imagen. La figura del gran cuadro de Cádiz puede ser Astarté sostenida entre las aguas, pero también nos evoca a sus agra-

ciadas servidoras, las “puellae gaditanae”, y si recordamos el realismo mágico de la literatura hispanoamericana, nos puede estar mostrando el reposo en el mar de la Alfonsina a la que cantaba Mercedes Sosa; como resumen de todas ellas podríamos ver la esencia íntima de la propia Cádiz, celebrando el mar sin miedo a morir y renacer entre sus olas. Le pregunté a José Antonio quién era aquella mujer y el me respondió algo así como que era yo quien tenía que ponerle nombre; esta era su forma de expresarse y de ofrecer su arte: nos regalaba imágenes fantásticas para que nosotros pudiéramos hacerlas reales.

Poco después tuve la satisfacción de que José Antonio me invitara a visitarle y a conocer su estudio en el chalet de Gines; pude comprender entonces las razones que le llevaban a vivir y pintar allí; desde la carretera ruidosa se asciende suavemente por la parcela a través de un sombreado bosquecillo de naranjos, limoneros y almendros hasta llegar a la casa y el estudio que se recortan sobre un horizonte limpio; este recorrido se puede experimentar como un tránsito a un mundo distinto, sereno y luminoso, pero sujeto siempre a que entre las sombras de los árboles se muestre cualquier figura inesperada o se vislumbre un recorte geométrico del cielo despejado. Es el “Jardín de Cristal”, el ambiente mágico que puede acoger a las hermosas figuras revestidas de hojas y frutos que José Antonio trasladaba allí con su imaginación.

Tuvimos la suerte en esta Academia de que José Antonio García Ruiz nos regalara hace siete años su última exposición individual, en la que llenó nuestra Pinacoteca con su “Jardín de Cristal”. Estaban allí algunos personajes que yo había visto en otras obras de José Antonio: jóvenes a las que había retratado, niños hermosos como ángeles, y arquetipos de su raíz trianera, como el torero, pero todos ellos se habían sometido a la metamorfosis de su inmersión en el Jardín de Cristal, para constituirse en protagonistas de relatos inagotables.

Aquella exposición fue la manifestación final y la revelación definitiva de la pintura de José Antonio, un compendio monumental de lo que llamamos “realismo mágico” porque sólo en la mejor literatura hispanoamericana de nuestro siglo se ha alcanzado un nivel similar de lirismo apasionado y de creación viva de realidades que seríamos incapaces de soñar si la magia de la pintura de José Antonio no las hiciera presentes. Cada obra de aquella exposición era un relato fantástico de personajes fundidos con una naturaleza espléndida; aunque no poseamos la capacidad literaria necesaria para redactar todas las historias que se sugieren en las obras, si podemos sentir en nuestro interior la lectura guiada por los pinceles de José Antonio de las vivencias de cada personaje.

El Jardín de José Antonio es multicolor y también está repleto de sentimientos contrapuestos; cada día alberga flores y frutos nuevos que abrazan a las figuras para suspenderlas entre las luces. Puede estar allí el órgano de la vida entre cuyos tubos dorados danzan las tres gracias a las que contempla el sátiro prestado por Archimboldo; la joven Flora sostiene su lámpara entre macizos de rojas flores en los que se esconde una diabólica sierpe; luego, reposa desnuda en el lecho cubierto por la sombra del limonero; la acompañan una mariposa blanca y Narciso sin saber cuál de los espejos refleja mejor su belleza; llega finalmente la eclosión de la Primavera que cubre el sueño de los eternos amantes; en el extremo más sombrío del Jardín, el torero aspira la fragancia de los lirios mientras una perfecta verónica y un ajustado pase de muleta se bordan sobre su capote. A todos los vigila el Ángel sobrenatural que esparce los pétalos desprendidos de su túnica y el almendro mantiene eternamente sus blancas flores. El cielo es siempre un crepúsculo inextinguible.

Nunca podremos dejar de lamentar que José Antonio no dejara escrito algo de lo que sintió creando estas mágicas realidades; sólo su mujer y sus hijos tuvieron también la felicidad de compartir esta impresionante metamorfosis del Jardín en el que convivían con el artista.

La espiritualidad de José Antonio García Ruiz tenía también sus raíces en una ferviente religiosidad trianera y rociera. Por ello, accedió a realizar tres carteles religiosos que rompieron todos los cánones de un género muy apreciado en Sevilla: La virgen de la O, la de la Estrella y la del Rocío, accedieron a visitar a José Antonio y se dejaron retratar en su maravilloso Jardín. Triana le agradeció aquellas obras nombrándolo su hijo predilecto y la Señora de las Marismas quiso, además, que los ángeles de José Antonio le hicieran eterna compañía en su Ermita.

Hacía mucho tiempo desde que José Antonio me había hablado de su proyecto para la capilla sacramental del santuario del Rocío; luego me contó con entusiasmo la marcha de la obra y su satisfacción por el resultado, pero ha querido la suerte que fuera la visita a esta capilla la última ocasión en que estuvimos juntos. La excusa era probar un guiso de carne con tomate que casualmente hacían en uno de los bares de la aldea, de modo que hasta allí fuimos Margarita y yo con Ana y con su hijo Pablo en una jornada inolvidable.

José Antonio era amante de la conversación, pero siempre queriendo que hablasen los demás, porque sus palabras eran síntesis de pensamientos profundos que se convertían en sentencias inapelables; sin embargo, aquel día habló lo suficiente para permitimos conocer como su ilusión por este trabajo le había llevado a reunir todo lo mejor de sus conocimientos técnicos y lo más

íntimo de sus vivencias. Los grandes paneles de la capilla sacramental del Rocío revelan una ejecución tan perfecta como la de los mejores murales; su composición convierte el pequeño ámbito en una gran sala de ventanales luminosos ante los cuales se sostienen los ángeles que portan y adoran los símbolos eucarísticos; era inevitable que estuvieran aquí también las flores de su Jardín. José Antonio nos hizo la lectura comedida de todo un nuevo programa iconográfico, expresión de un arte religioso contemporáneo que tan necesario es para la renovación de este género.

Podemos estar seguros de que la Virgen del Rocío se siente alegre con la compañía de los ángeles y el Jardín de José Antonio, en el que también habitan los lirios de las marismas. Allí descansará para siempre lo mejor de su obra y de su espíritu.